



El «Curzon» es un local marcadamente selecto, situado en la calle de su nombre, y a él nos dirigimos para ver la primera de las cuatro producciones que ofrecían especial interés para nosotros: «Les Quatre-Cents Coups», un film muy traído y llevado, de François Truffaut. Evidentemente, la «nueva ola» de hombres de cine franceses, si todos van por el camino de Truffaut, dará mucho que hablar. No nos extrañaría que «Les Quatre-Cents Coups» se incorporara a los más exigentes repertorios de cine-clubs. Pocas veces se ha dado una tal intención de fondo servida con una sobriedad y seriedad mayores. La película será seguramente exhibida en España, pero garantizo a mis correspondientes que el diálogo sufrirá no pocos quebrantos. La intención social, cristiana, es terrible.

Tooting Bec está en el quinto pino. Es difícil, empero, saber donde para el quinto pino en Londres. Has recorrido doce kilómetros y el paisaje es el mismo. En Tooting Bec está el «Classic's» Cine mediano, pero... amigo! echaban «Cuando pasan las Cigüeñas», el film ruso superpremiado. Y con razón. Tenía las mejores referencias de la película. La película supera cuanto se puede decir de ella. La mejor escuela rusa de fotografía y planificación, al servicio de una idea universal, harto literaria, y nada original. Una vez más se confirma que, en cine, lo que importa es cómo se narra, más que lo que se narra. Los actores, soberbios de tipificación y nervio, especialmente la protagonista, Tatiana Samoilovna. Ninguna razón de tipo moral o político podría oponerse a la circulación mundial de este film. Esta vez, los rusos han sido comidos... y artistas.

«Everyman» es el nombre de un local conocido en el mundo entero por su tendencia a los ciclos de buen cine. Está en el otro quinto pino, barrio residencial de Hampstead; calles empinadas, jardines desperezándose al viento de abril; acertamos el ciclo de Ingmar Bergmann y dentro de él, «El Séptimo Sello», según los críticos su mejor película. En mis años de comentarista en ANCORA había de fendido siempre el cine

Montada en un caballo blanco, la princesa Soraya visitó la Feria de Sevilla. La princesa nos sonríe desde el primer plano de su fotografía. No obstante, se me antojaron tristes su mirada y su expresión. Y cierto gusto en que la tristeza de su rostro volase hacia lejanos palacios, a caballo del reportaje gráfico.

Una sonrisa triste es siempre un documento impresionante, mucho más que una composición de fingida dicha. Y el Sha sabrá leer la soledad en el rostro de Soraya, su mutilación, la triste serenidad de haberla aceptado. Y el dolor que sienta él será un poquitín de amor, caricia, para ella.

Desde luego, sólo mis razonamientos seran validos partiendo del supuesto que Soraya y el Sha casaron enamorados, como se ha dicho siempre. Se aseguró también que sólo fueron razones de Estado las que provocaron la ruptura, vivo aún el amor que había unido aquellos corazones.

El Sha tomó nueva mujer. En el cielo de Persia se encendió la mil y una noche con brillo de heridas diamantinas y cuchillos de pedrería.

Una niña casi, la jovencita que estudiaba Arquitectura, nueva Cheherazada, aceptó salvar un maleficio y desafiar sola el riesgo de la construcción de su propio castillo, de su más íntimo ensueño, ya que de su pretendido cuento de hadas ni media palabra se había escrito.

La realidad: tres secretos, tres corazones, tres heridas.

Luna y sol prosiguieron su camino.

¿Qué amor borró nuevos amores? ¿Qué recuerdo se convirtió en templo? ¿Qué dolor cuajó en suspiros?

Misterio.

Farah Diba, por el hecho de esperar un hijo vive absorta en el futuro. Y el futuro es siempre el país de los mejores sueños. El único país donde realidad y sueño se confunden. Pero a Farah Diba le nació ya su sueño hipotecado. El hijo ha de ser varón,

para que la noche mil dos exista. Absorta, no se dará cuenta del peligro. Es joven. Y si Cheherazada uno tras otro tejió sus cuentos, ella podrá dar a su Chariar más hijos.

El Sha dejó ya la edad de los sueños, su tiempo de edificar. Pero él es uno con el Imperio, y los imperios exigen. Su compañera es dulce y niña. Y sin querer, casi sin querer, en los labios del Sha se forjan sonrisas.

Soraya se aturde. El aturdimiento no es alegría. Quiere como un reto al destino, encontrar su esperanza. La exige de la vida. Quiere aprender nuevas sonrisas. Si, siempre es posible empezar de nuevo, aprender, aún con el hatillo de un hermoso pasado a cuestas. Mientras sea posado. Pero hay pasados presentes, huéspedes eternos, fidelidades irrefragables. Tan irrefragables, que, incluso, creyendo traicionar el pasado, pecamos de deslealtad contra el puro presente. Y se revive, no al son de una esperanza, sino gracias a un recuerdo. A la vida perdida se le da, para recuperarla, un nuevo rostro, una nueva voz. Pero, imagen y eco son... ni más ni menos los que fueron; sin opción. La vida se torna fantasmal e incierta. Tal vez, más real que nunca; pirandelliana.

En ese vértice, mejor no saber, no adivinar.

Yo no quisiera que nadie descubriese jamás ese auto-engaño del corazón, una vez lanzado a nuevos caminos.

Pero la sonrisa de Soraya en la Feria sevillana se me antoja triste, tan triste, que me atrevería a asegurar que su corazón le ha secreteado ya su secreto.

De los tres protagonistas de esta historia, la princesa Soraya se ha llevado la peor parte.

Confiemos, por lo menos, que su esperanza cuaje en nuevas ilusiones y que sepan éstas sostener su mentira, para ser así verdades; su única dicha posible.

L. d'Andraitx

serio europeo. «El Séptimo Sello» lleva la huella de esa gran preocupación de Bergman por la verdad y su lucha contra la hipocresía pintada de respetabilidad. Centrada en torno al gran tema medieval de la Danza de la Muerte, es la más suntuosa y recia de las películas que visioné en Londres. Deja un recuerdo imborrable. Es otra manera, directa, responsable, de hacer cine; por lo tanto, de decir cosas.

Finalmente, un local céntrico, el «Berkeley». Y sobre su pantalla, la controversial

«Les Amants», de Louis Malle. Los franceses la habían puesto en el candilero con motivo de su premio —¿en Cannes?—; los italianos la denostaron, y ni que decir tiene los equipos de crítica católica. Uno no sabe si en dicho film las escenas romántico-eróticas son un pretexto para lucimiento de una perfecta planificación casi en «suspense» más la música de Brahms como fondo; o si toda la película es un pretexto para presumir de audacia temática. Perfecta en la forma, se resiente de un tufillo literario muy francés, agravado por los

textos de Louise de Vilmorin que se intercalan para explicarnos los cambios sentimentales de Jeanne Moreau, que, por cierto, demuestra una autoridad total.

Esto es lo que vimos. Pero lo cierto es que, en una metrópolis como Londres, uno puede ir viendo cine desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche, cada día, durante prácticamente meses enteros de buena programación. También hay saldos, no creas, como Salomón y Sheba, etc...

Hasta la próxima.

J. Vallverdú Aixalá.